PAISAJE Y ESTILO EN MANUEL AZAÑA

Por M. Fernando Varela Iglesias
Universidad de Viena

Afirma José Carlos Mainer que el rebuscamiento estilístico de Azaña –"la voluntad conceptuosa del párrafo, la precisión del léxico castizo, la obsesión por la eufonía" – se debe a un "afán de experimentación y de personalización" (1990-1991: 192).

Pero hay que matizar el sentido de esta presunta *experimentación*, que probablemente es más una búsqueda de estilo propio que un deseo de ostentación literaria. Azaña se siente inseguro ante sus lectores porque no acaba de encontrar su definitiva vocación en la literatura, y si experimenta lo hace para encontrarse a sí mismo. El Azaña hombre público es autoritario, manifiesta la seguridad del que está acostumbrado a mandar, a asumir responsabilidades ya desde su juventud, como él mismo confiesa en sus *Memorias*: "el mando es en mí una función natural" (1981, I: 519). Al revés, el Azaña literato, el autor de *El jardín de los frailes* o del tan trabajado *Fresdeval*, es con alguna frecuencia un escritor inseguro, parece emplear una prosa acartonada que no le pertenece. Sólo en la acción política encuentra la medida de su carácter, y sólo en sus discursos parlamentarios y alocuciones públicas o en la intimidad de sus diarios transparece el estilo que corresponde a la claridad y vigor de su pensamiento. *Sic vir, sic oratio*. El Azaña político, como también el Azaña intimista de los *Diarios*, el del monólogo interior o el del que dialoga con el paisaje de Castilla, no da muestra alguna de rebuscamiento –de *experimentación*–, sino más bien de una extraordinaria *sencillez* y *transparencia expresivas*. Creemos que es en este contexto de sencillez donde se encuentra el mejor Azaña, el que pone de manifiesto la verdadera fibra de su temperamento político y humano.

EL HIATO ENTRE POLÍTICA Y LITERATURA.

La política, la vida de acción, parece marcar el fondo temperamental de nuestro autor. Azaña no se identifica a sí mismo como hombre de biblioteca ni como inte-

lectual de café o de cenáculo literario. Leemos un una anotación relativamente temprana (hacia 1918) de sus *Diarios íntimos*:

> Muchas veces he pensado que yo valgo más para la política que para la literatura. […] Esta cualidad, si no es congénita, acaso la debo a mi temprana condición de jefe, de amo. Desde los dieciocho años tenía yo muchos asuntos que dirigir y ordenar, muchos criados, muchas responsabilidades. Ya entonces me empeñaba en que todo estuviera como yo me representaba la perfección. Aquello acabó mal, no enteramente por mi culpa. Pero de aquello proviene un dominio que no se adquiere en las bibliotecas, ni en los salones, ni en el café…
> (1990: 891)

A pesar de esta decidida vocación política, cuando Rivas Cheriff le lleva la ansiada noticia del triunfo de la República en abril de 1931 al escondrijo en que se había refugiado de la persecución del régimen monárquico, el brillante jefe político de Acción Republicana y estrella ideológica del futuro régimen político, enfrascado en la tarea de escribir la novela *Fresdeval*, contesta con una frase muy poco acorde con la "condición de jefe, de amo" que hemos leído antes: "¡Un mes más de encierro y terminaba la novela!" (Sanz, 1975: 66). La República, al parecer, podía esperar, la creación literaria era más urgente…

Más ejemplos de esta conducta contradictoria. Después de alcanzar el cénit de la gloria política como Presidente de gobierno durante el conocido *bienio azañista* (1931-1933), el alejamiento del poder le permite encontrarse de nuevo con la otra mitad de su personalidad, la vocación literaria. Azaña, de nuevo rodeado de libros, de nuevo con tiempo libre para recuperar su musa –acaso también para terminar *Fresdeval*–, hace un balance inesperadamente negativo de su experiencia al frente del mundo de la política:

> En fin, recobré el trato con mis libros y papeles. Me di un hartazgo de lectura colosal. Sed atrasada. Régimen correctivo de una deformación peligrosa. Porque nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginacón y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno. […] Para trabajar en política y en el gobierno he tenido que dejar amortizadas, sin empleo, las tres cuartas partes de mis potencias, por falta de objeto, y desarrollar en cambio fenomenalmente la otra parte.
> (Citado por Hermosilla, 1991: 16-17)

Sin duda está Azaña influido momentáneamente por la decepción, por el fracaso de sus ambiciosos proyectos gubernamentales, cuando dice que la política le ha impedido emplear nada menos que las "tres cuartas partes" de sus facultades. Pero en sus *Memorias políticas* son muchos los pasajes en que, en medio de su gloria como estrella de la República, aparece el deseo de dejarlo todo y retirarse a algún imaginario Tusculum privado para dedicarse a la vida contemplativa. Leemos en

las anotaciones de finales de 1931 –Azaña lleva apenas unas semanas al frente del gobierno– un párrafo que muestra ya los deseos de dejar el mundo de la política. El lenguaje empleado no puede ser más expresivo:

> La víspera de mi viaje estaba yo tan de mal humor, y tan hastiado, que le decía a Ramos y a mis secretarios: "¡Qué patada voy a dar a la política!" En efecto, sentía unas ganas atroces de dejarlo todo, y que se las arreglen como puedan. Después de todo: ¿a mí qué me va en esto?
> (1981, I: 358)

Un poco más tarde, en enero de 1932, al regresar de una excursión al Escorial, tonificado por las impresiones del paisaje, intenta recuperar en casa el reposo necesario para volver a la literatura y a la vida contemplativa:

> En Madrid, venimos a casa. Hasta las diez, hablamos de libros y literatura. Les leo la novela que estaba escribiendo cuando se proclamó la República [*Fresdeval*]. No me acuerdo para nada de la política. El mes concluye así plácidamente; esta semana ya ha sido más tranquila.
> (1981, I: 397)

Más explícito todavía resulta el texto de 14 de marzo de 1932, donde nuestro autor parece incluso estar cansado de la fama:

> Todo este ruido que hacen en torno mío no me gusta. Es mucho peso el que pretenden echarme encima. Yo no tengo deseos de perdurar aquí, y mi mayor placer sería, concluida esta etapa, mandar a paseo la política y sumergirme en los libros.
> (1981, I: 432)

Querer "darle una patada a la política" o "mandarla a paseo" son frases coloquiales de cuya autenticidad y valor expresivo no quedan dudas. A finales de marzo de este mismo año la presión a que se ve sometido el hombre público resulta ya intolerable. Azaña, abrumado por las obligaciones, está ya a punto de claudicar. Extraña situación, poco imaginable en un político de vocación –y de éxito–, que se produce antes de que la República cumpla su primer año:

> He llegado al ministerio muy fatigado. Lo que me aterra no es mi situación actual, sino el porvenir. ¿Tendré que pasar el resto de mi vida encenagado en esta política, preso de las circunstancias, y sin recobrar ya nunca mi antigua libertad?
> (1981, I: 441)

En julio de 1932 el desaliento ante la política llega a su extremo, y la voz interior le hace identificarse más con el paisaje natural de la Morcuera que con la mayoría parlamentaria (!!!):

> Estoy demasiado hecho a encontrar *en mi interior* los motivos de elevación y de placer; me he educado en 25 años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén. Y no tengo remedio. La Morcuera me interesa más que la mayoría parlamentaria, y los árboles del jardín más que mi partido. A los que tenemos una porción de Segismundo, ¿qué puede dársenos de todo? Sin embargo: el mando es en mí una función natural. Pero las cosas grandes que uno quisiera hacer, los hombres pequeños las estorban.
> (1981, I: 519)

No es extraño que un político que se considera a sí mismo un Segismundo pueda decir, en patético diálogo con Juan Negrín, cuando la República está ya perdida y sus protagonistas a las puertas del exilio, que el Museo del Prado es más importante que la República y la Monarquía juntas:

> Repetidamente le llamé la atención a Negrín. "El Museo del Prado –le dije– es más importante para España que la República y la Monarquía juntas". "No estoy lejos de pensar así", respondió. "Pues calcule usted qué sería si los cuadros desaparecieran o se averiasen gravemente". "Un gran bochorno". "Tendría que pegarse usted un tiro", le repliqué.
> (1981, II: 442)

Decididamente, Azaña no está nunca satisfecho del camino emprendido: entregado de lleno a la política, siente nostalgia por el arte y la literatura. Entregado a la literatura, echa de menos la actividad política, que es lo único que satisface su vocación de mando. "Don Manuel Azaña Díaz está casi siempre a distancia astronómica de lo que le rodea. Pocas veces se siente enteramente convencido de lo que hace, y cuando parece más convencido no lo está más que a medias" (Aguado, 1972: 11). El dilema entre la actividad política y la literaria manifiesta una personalidad esquizoide en la que el hombre público y su voz interior no están nunca en armonía. "Entre el 'yo íntimo', privado, y el 'yo de la conversación' de Azaña se abre un hueco, un paréntesis grave, un hiato profundo" (Sanz, 1975: 72). Muy probablemente fue este hiato el que le impidió dar en literatura la medida de su enorme talento.

PAISAJE Y PERSONALIDAD HUMANA: EL "PATETISMO REFRENADO POR EL DECORO"

El factor común de todas estas protestas ante las exigencias de la vida política es la nostalgia de la literatura, de la vida contemplativa, de la recuperación de lo que Azaña llama "mi interior" (v. supra), pero casi todas ellas están propiciadas por la contemplación del paisaje, especialmente del paisaje castellano. Azaña recupera al

hombre interior que exige la dedicación literaria no tanto en el cenáculo de literatos, en la tertulia del café, en la actividad intelectual del Ateneo, sino más bien en la soledad mayestática del Escorial, en la callada elevación de los paisajes de la Sierra. Las numerosas excursiones que realizó a los alrededores de Madrid –incluso durante su mandato de Presidente del gobierno– son como el necesario contrapunto natural a su actividad social. Es posible que Azaña no haya llegado nunca a encontrar, como escritor, el estilo que llevaba dentro, el que correspondía a su sensibilidad; probablemente la vocación política, el don de mando que tan intensa y prolongadamente solicitaron la actividad del escritor, obstaculizaron, casi impidieron, desarrollar el talento literario y explican las inseguridades, los rebuscamientos estilísticos a que antes aludíamos. Pero ante el paisaje castellano desarrolla Azaña unas capacidades líricas extraordinarias que llevan el signo de la autenticidad. Todo fluye con naturalidad en una prosa escueta, pero emotiva, cargada de concentrada expresividad. Sirva de ejemplo el siguiente texto, dictado por la nostalgia que impone la distancia –en julio de 1937 Azaña se encuentra en Valencia, en el período del obligado exilio republicano– y que surge en una de esas pausas de la política en que asoma el *hombre interior* protestando del hombre público. La efusión lírica, sin llegar a perder nunca la contención, tiene resonancias románticas, resulta inesperada, casi contradictoria con el implacable analista y crítico de la realidad política y social:

> Aquellos lugares [los paisajes del Sistema Central] infunden en el ánimo el tónico acendrado de su hermosura. Profunda, sin ostentación, imponente. Solemne. Por vía de la cual aprendí a evadirme de lo cotidiano y a restaurar en su nuda vetustez las cosas, como siempre fueron, antes de la mecánica, del turismo, de los deportes. Los riscos que señorean el Hoyo de Manzanares, abren un balcón sobre el valle de Cerceda, delante de la Maliciosa y la Pedriza. Un navazo alfombrado de yerbas olorosas: el horizonte, desde Gredos al Ocejón: Navachescas. Espesar de las encinas antiguas. Gamos en libertad. Suavidad incógnita del circo de Siete Picos y Cabeza de Hierro, brillante como acero, húmedo de nieves derretidas, de chorros que se despeñan. Más lejos, la majestad del pinar de Balsain. Y los ocasos en Cueva Valiente, teñidos de rojo, de malva, los celajes sobre la tierra segoviana. Apropiándome por la *emoción* tales lugares, he sido más fabulosamente rico que todos los potentados del mundo.
> (1981, II: 166)

En Azaña, al igual que en los maestros del 98, se produce lo que Azorín, en comentario a *Campos de Castilla*, de Machado, denominó *objetivización del paisaje*: "Paisaje y sentimientos […] son una misma cosa; el poeta se traslada al objeto descrito, y en la manera de describirlo nos da su propio estilo. Se ha dicho que 'todo paisaje es un estado de alma', y a esta objetivización del lírico se alude en

dicha frase" (1991: 31). El mismo Azorín repite y resume en otra ocasión esta misma tesis: "El paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos" (1982: 66).

¿Cuál es el "espíritu", cuál el "estado del alma" que, según la teoría de Azorín, transparece en la paisajística de Azaña? En un discurso político pronunciado en Valladolid en 1932 y titulado "El genio político de Castilla y los destinos de la República" se encuentra lo que podemos considerar como el credo estético y moral de Azaña: *el patetismo refrenado por el decoro*. La inspiración de este pensamiento viene de la contemplación del paisaje castellano –del paisaje y del paisanaje–, con el que Azaña se identifica al cien por cien. Pero del paisaje captado emocionalmente, del paisaje como reflejo del yo. La palabra "emoción" aparece en este texto –la hemos marcado en cursiva–, como también aparecía en el texto anterior. Es evidente que esta emoción no es del todo congruente con la simple efemérides política de una visita a provincias de un jefe de gobierno, y que Azaña irrumpe con su yo lírico de forma intempestiva en la prosa de la vida política:

> … me ha proporcionado en cambio encontrar en cada piedra, en cada rincón, en cada ruina, en cada perspectiva de vuestros ríos una *emoción* histórica insuperable que me ha puesto de manifiesto una verdad no de todos conocida: que aquí, en Castilla, hay *una alma patética refrenada por el decoro*. Y esta sequedad y frialdad de los castellanos, que se parece tanto a la mía, esta sequedad y frialdad de los castellanos en lo exterior es una virtud política. Yo lo atribuyo a una virtud política, a una virtud cívica: al decoro… Pero dentro está el fervor íntimo que sabe lanzarse de las perspectivas claras de vuestros páramos y de vuestras vegas a una inmensidad universal, que es donde ha estado siempre escrito el nombre castellano y la lengua castellana.
> (1983: 132-133)

Aquí reside lo difícil y original de esta nueva preceptiva: en ser al mismo tiempo contenida –casi fría en ocasiones– e intensamente emotiva, cualidades que Azaña exhibe en los discursos y en los textos más intimos de sus diarios, pero que, desgraciadamente, no parece haber inspirado siempre su producción propiamente "literaria". Domenchina explica y define este difícil equilibrio entre la *emotividad* y la *contención* con una original fórmula: „Discurrió, pues, llanamente, porque sus dotes suasorias jugosamente escuetas (diríamos, sin alarde paradójico, jugosamente enjutas), no se compaginan con el atuendo del énfasis" (1990-1991: 213). Este ideal preside igualmente los valores estéticos de la revista *La pluma*, que Azaña y Rivas Cheriff publicaron a partir de 1920: "sobriedad, pureza de líneas y claridad, ésos eran los 'estigmas de la obra del talento acendrado por la disciplina' " (Santos Juliá, 2008: 197). Azaña exhibe este estilo justamente allí donde la emoción era

más directa, en la descripción de los paisajes, donde un cierto conceptismo e intencionada pobreza de adjetivos está combinada con la intensidad de una pincelada impresionista. Según Luis Arias, "hay algo que por encima de todo destaca: es el conceptismo, la sobriedad de sus pinceladas. Azaña no se pierde en palabrería, no hace uso abusivo de los epítetos. Sus pinceladas son sentencias estéticas. Son fotografías en las que, de un fogonazo, plasma lo que se presenta y lo que del cuadro emana en sonido, en olor, en pintura" (Arias, 1990: 219)

PAISAJE Y PERSONALIDAD POLÍTICA: EL NOVENTAYOCHISMO DE AZAÑA

A pesar de las críticas que Azaña dirige a los miembros de la generación literaria de 1898 (valga, como botón de muestra, la acidez y displicencia del artículo "Otra vez el 98", recogido en el libro *Plumas y palabras*), compartió plenamente con ellos el patriotismo españolista-castellanista inspirado directamente en la lección del paisaje. El paisaje castellano es, en Azaña, no solamente la fuente de inspiración para lograr el encuentro con el hombre interior, –con el "espíritu", como ya hemos visto en la cita de Azorín–, sino también el fundamento o refuerzo de su conciencia política, de su ideal regeneracionista.

Los miembros de la generación del 98, como también los representantes del modernismo, estaban muy influenciados por las ideas de Ruskin, quien aseguraba que la moderna industrialización podía crear solamente fealdad, miseria y esclavitud del hombre a la máquina (Litvak, 1975: 5). Era preciso recuperar la dimensión estética del hombre volviendo a la naturaleza. Los escritores del 98, empeñados en la tarea regeneracionista de España, concentraron su atención en el paisaje para encontrar en él la verdadera identidad nacional. Decía Unamuno a este respecto que "la primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra conciencia clara y arraigada del paisaje de la Patria" (Alvar, 1966: 5). Ahora bien, entre los noventayochistas y los escritores que, como Azaña, pertenecen al novecentismo, los límites son muy fluidos y, como dice Ricardo Senabre, "de la generación del 98 se pasa a las formas y a la mentalidad novecentista sin trasición brusca y definida" (Hermosilla, 1991: 32). Azaña, que estuvo en contacto directo con algunas figuras del 98, en especial con Valle-Inclán y Unamuno, no pudo menos de recibir la influencia de estos maestros. El discurso político "El genio político de Castilla…" que antes comentábamos contiene algunos fragmentos que podrían estar escritos por Machado, Baroja, Azorín o Unamuno:

> Y hace unos meses, pasando yo por los caminos de la provincia de Valladolid una tarde de invierno, vi los surcos infinitos de vuestros campos rizados por la nieve y un horizonte cortado por la bruma y la silueta de un enorme castillo, ya desmoronado, en el horizonte, y unos pobres gañanes que montados a mujeriegas en las mulas, amparándose en el viejo sayal de las mantas, iban a todo el paso vivo de sus cabalgaduras a refugiarse no sé dónde contra el frío y la nevada… Me quedé mirando y me pregunté: Estas gentes, estos gañanes, estos pobres labradores, ¿adónde van? ¿Van a dar en una ciudad moderna inundada de luces eléctricas, con grandes establecimientos industriales? ¿O van a parar a una villa militar torreada, cerrada, defendida por estos burdos soldados que vemos dibujados en las iluminaciones de los libros antiguos? Todo podía ser… era la misma sensación, el mismo campo, el mismo pobre labriego, la misma frialdad del invierno castellano. Y entonces dije para mí: "Esta es *la tierra eterna*, la *raza perdurable,* que clama por la resurrección de España".
> ("El genio político de Castilla", 1983: 134)

Este párrafo del discurso, de nuevo de forma inesperada, casi fuera de contexto, contiene una auténtica "inmersión lírica, diríase que noventayochista, en el paisaje castellano" (Juliá, 2008: 324). De nuevo también la emoción, el acercamiento intuitivo y no discursivo-racional a una realidad que queda transfigurada, mitificada, rescatada del espacio y del tiempo reales y concretos ("la tierra eterna, la raza perdurable...") para convertirse en sustancia histórica, en lo que Unamuno denominó *intrahistoria*. El paisaje es aquí algo así como un *paisaje ideológico*, como la imagen de fondo que sustenta o enmarca un pensamiento. En opinión de Ferrer Sola, "el estilo de Azaña, que es básicamente realista, adquiere en ocasiones un marcado tono lírico, se estiliza, recreando un conjunto de idealizadas imágenes. Esta visión estetizante de la realidad concuerda con una suerte de 'paisaje ideológico' que entronca con las raíces del más puro 98" (1990-1991: 241).

Pero hay que insistir en que este *paisaje ideológico* es resultado de una elaboración *emotiva* y no *racional*. Para Azaña, como para Unamuno, la "emoción estética de Castilla" trasciende la simple discreción y hasta los argumentos sutiles de la razón analítica: es como una intuición profunda que va más allá de la superficie de los hechos, hacia las "virtudes originales del pueblo", hacia la *intrahistoria* unamuniana:

> De lo que Castilla ha sido o podido ser en la historia se han dicho cosas muy discretas, muy acertadas y sutiles, y un cierto número de despropósitos inspirados en un concepto de la política o en una estética de la historia que no va más allá del nivel de la zarzuela en tres actos. Sobre nada se han dicho cosas más cursis y desatinadas que sobre *la emoción estética de Castilla*. No se trata de esto. Lo que fue, pasó. Pero es preciso ir a *las virtudes originales del pueblo* […].
> ("El genio político de Castilla", 1983: 135)

Todavía un texto en que se insiste en la idea de que el camino de la *intrahistoria* se recorre solamente con la emoción estética, no con el discurso racional:

> La tradición genuina, que surte de la casta y es genial en un pueblo, suele no parecerse a la retórica tradicionalista, y de fijo no cabe en sus fórmulas. Lo genial es dado en el espíritu, no en las formas –literarias, idiomáticas, de costumbres– de cierto siglo; opera en lo profundo, *a mansalva de la razón discursiva y de toda escuela.* (Citado por Ferrer Sola, 1990-91: 232)

Naturalmente, la intrahistoria está no solamente en el paisaje, sino también en el paisanaje, como era de esperar en un admirador de los maestros del 98. Citamos un último parágrafo del discurso "El genio político de Castilla" en el que se glorifica una de las virtudes más rancias de los castellanos viejos: el orgullo del mendigo, del hombre que desde sus harapos sabe mirar altiva y desdeñosamente a todos los que están arriba. Será fácil reconocer en los rasgos de este personaje parte de la altivez y el gesto desdeñoso del propio Azaña:

> … en la esquina había un hombre magnífico, un hombre de gran estatura, atezado, seco, que debiera de ser, supongo yo, curtidor, con un enorme mandil de cuero que le caía desde los hombros hasta los talones. Apenas reclinado en un poyo de piedra, me vio pasar. Yo iba a pie. Me reconoció, me dirigió una mirada de desprecio sublime y no se movió. Desde entonces tengo por este hombre una admiración tal, que digo, éste es el hombre castellano que yo quiero. Pasa el presidente del Consejo de Ministros y él está con su mandil de cuero, quizás con su hambre, y con su olímpico gesto castellano dice: "Somos dos iguales". Este tipo sustancial de vuestro país es el que hay que resucitar y restaurar.
> ("El genio político de Castilla", 1983: 136-137)

Conviene citar el discurso pronunciado en el Frontón Central de Madrid en marzo de 1933, donde la emoción del paisaje –literalmente: la "emoción desgarradora del paisaje"– está perfectamente integrada en el programa regeneracionista del brillante Presidente de gobierno:

> Han pasado los siglos, señores, y yo también he ido, como si dijéramos, *"a sembrar avena loca orilla el Henares"*; y la he sembrado. He sembrado aquella avena loca a comienzos del siglo, en que todos veníamos del escepticismo y del pesimismo, y de la negación, en que era elegante renegar del nombre español, en que era distinguido dar por terminada la historia de nuestro país, en que era brillante desprenderse de todas las responsabilidades de la colaboración social. De eso viene la juventud de mi tiempo, y entonces yo también hacía el viejo camino del Arcipreste, y veía la tristeza de los ladrillos de mi país derrumbados por la incuria de los siglos, y desde la tristeza toledana subíamos a la sierra con los maestros que nos enseñaron a amar la naturaleza española.
>
> Y en aquella inmensa soledad, batidos también, como el viejo arcipresete, por

> el vendaval serrano, nos sentíamos unidos a él y a toda su historia, no más que porque estábamos bajo la *emoción desgarradora del mismo paisaje*.
>
> Y yo entonces me preguntaba: estas emociones que nos traen los mejores españoles del ayer y la eternidad del terruño, siempre nuestro, ¿no bastarán para elevarnos a la misma grandeza moral y a la misma finura espiritual en que otros estuvieron? Y después he recorrido aquel ámbito, donde hubo una civilización que el viejo poeta contempló y que nosotros hemos visto destruida y desaparecida, donde ya no hay sino las piedras doradas por el sol de Madrid, que proclaman miseria y desolación. Y, entonces, muchos de nosotros, contemporáneos míos, nos hicimos, quizás en el ánimo, aquel juramento inquebrantable de que nuestro país no salga de nuestras manos sino mejorado, después de recobrar las rutas históricas que nunca debió abandonar.
>
> (Citado por Aguado, 1971: 32)

PREEMINENCIA DEL PAISAJE CASTELLANO

Como hemos visto, es Castilla la región con la que más se identifica Azaña. No era de esperar otra cosa de su noventayochismo. La preeminencia de Castilla se hace explícita cuando analiza directamente el contraste entre esta región y las demás. *Los Diarios íntimos* abundan en observaciones contrastivas de este tipo: "El paisaje asturiano me fatiga. La angostura me ahoga. Cuando veo las llanuras de Palencia, no sé qué sensación de bienestar y reposo. El paisaje que yo prefiero es la llanura con árboles, la vega" (1990: 822). Cuando en 1918 emprende viaje a La Coruña para presidir oposiciones a la judicatura, el entusiasmo por el paisaje que desfila ante la ventanilla del tren se extiende solamente hasta la provincia de Zamora (inclusive):

> Salimos. El Escorial; recuerdo del viaje del otro día (reconciliación con El Escorial). La Herrería, suave y brillante; fresca. Paz. Subida de la Sierra. Fresco, lentitud. […] Valles, más allá de Las Navas, hondos, desiertos. Vertientes amoratadas, ribetes de granito acerados, manchas verdes suaves, luz oblicua. Una sierra a mi izquierda, en primer término, a través de una gasa morada, enseña sus pardos y grises. Al fondo, asomando por un puerto: macizo montañoso azul crudo; perfil limpio. Los matices, muy suaves y diluidos; soledad; serenidad. En las paradas, silencio; zumba ligeramente el aire. Cantan grillos.
>
> Salida de la luna, antes de Medina. Nubes bajas en el Levante. Pincelada rojiza leve raya el horizonte. Un fulgor va subiendo, estriado por las fajas de nubes. La luna sale, roja, entre celajes; de pronto, ya muy alta, se lanza a un espacio libre, y se ve subir su cara ovalada, de oro, entre dos nubarrones de borde inflamado. Luna de teatro.
>
> Los anémicos pinares de Valladolid están muy bien esta noche, heridos de través por la luna; más aéreos los pinos, parece que sus copas flotan.
>
> (Ibid.: 831)

Galicia no parece entusiasmarle demasiado, aunque no oculta su admiración por el paisaje en torno a la torre de Hércules o las bellezas de Santiago. El estilo rápido, de pincelada impresionista, se hace en Galicia aún más parco, hasta llegar a lo inexpresivo, casi telegráfico: "Salimos a las ocho de la mañana en el automóvil público, para Santiago. Camino sin interés. Montañas y valles están poco poblados. Un solo pueblo, Órdenes. Las aldeas se componen de chozas fétidas […] La primera visita a Santiago nos ha satisfecho plenamente. Una especie de entusiasmo. Unidad de carácter. Permanencia" (Ibid.: 833-834). Hay que esperar a las descripciones del mar gallego para volver a encontrar cierta complacencia: "Del paisaje sólo me es grato el mar, y trozos de la costa brava. La tierra no me place. Desde el balcón del Atlantic descubro toda la bahía, que sólo está bella a media luz. […] Alguna tarde he ido de paseo, solo, hasta la torre [de Hércules], y allí me he estado horas viendo el mar" (Ibid.: 895). Le entusiasma precisamente el mar, que es lo único que se parece a Castilla por su anchura. "Sensación de *anchura*; de luz; de color", dice ante el paisaje de la ría de Pontevedra (Ibid.: 835). Es necesario esperar hasta su llegada a Vigo y la descripción de las islas Cíes para encontrar de nuevo la emoción lírica a la que nos tiene acostumbrado en sus descripciones de Castilla:

> Estamos en el espigón viendo la puesta del sol. Nubes le tapan. Las Cíes envueltas en polvo de oro. Chorros de luz sobre el mar; quieto, de plata gris. El sol aparece debajo de las nubes, como una bola de fuego. Se le puede mirar. Todo se incendia: el agua, las casas de Onzar, las cimas sobre Vigo, las vertientes desnudas del Castillo.
> (Ibid.: 836)

En general le admira de una región justamente aquello que se parece a Castilla, aunque sea en mínimo grado. Así, por ejemplo, dice de Oviedo: "Tal vez es una ciudad donde me encuentro bien porque es la más castellana, fuera de Castilla, y por el clima y el terreno es grata a los del interior. Estos asturianos, ¿no son todos castellanos? Los apellidos"(Ibid. 842).

En la descripción de los Picos de Europa vuelve a desatarse, ya sin freno, la emoción lírica, acaso porque le recuerdan el paisaje de la Sierra:

> De pronto, cosa espléndida, inolvidable!, la niebla se rasgó, se atenuó, se disolvió, y en breve vimos surgir, como si Dios en aquellos momentos los creara, los picos y vertientes de un circo maravilloso. Brilló un cielo azul, esplendoroso, limpio, suavísimo, nuevo; y sobre el azul se colocaron recortándose limpísima s las cimas de Pico de Cierro, y sus hermanos. Despliegue y despilfarro de color después de dos horas de gris ciego! Las penas, azuladas, con venillas verdeantes, y el regocijo de las formas precisas, angulosas, rígidas, después de la imprecisión de la niebla. Luz, limpieza del aire. Chorros de niebla entraban por las quebradas de los

> picos, como humo de un incendio. Flameaban las cimas, y un resplandor de sol cubría todo el cráter.
> (Ibid.: 846)

LA INFLUENCIA ROMÁNTICA

La *emoción desgarradora del paisaje* tiene sus raíces en el sarampión romántico que nuestro autor parece haber sufrido en su juventud con una intensidad considerable. Acaso la impronta de este romanticismo es lo que explica el *patetismo* en la maduración del intelectual comprometido con el *decoro*. El sentimiento, que Azaña supo contener o reprimir bajo las conveniencias de la vida social y los hábitos del jurista, es lo que verdaderamente alienta en su personalidad interior, en sus dotes creativas. En la novela autobiográfica *El jardín de los frailes* podemos leer:

> Las novelas de Verne, de Reid, de Cooper, devoradas en la melancólica soledad de una casona de pueblo ensombrecida por tantas muertes, despertaron en mí una sed de aventuras furiosa. Amaba apasionadamente el mar. Soñaba una vida errante. La primera vez que me asomé al Cantábrico y vi un barco de verdad casi desfallecí de gozo. Me sucedía lo que a los niños de ahora les ocurre en el cine: ellos quieren ser Fantomas como yo quise ser el capitán Nemo. Esa enfermedad se pasó pronto; me libré de ser pirata; no ha habido disciplina ni capaces de doblegarme a ser jurista. Leía, pues, sin previa censura. Devoré con manifiesto estrago de mi paz interior cuantos libros de imaginación hallé guardados en la librería de mi abuelo: Scott, Dumas, Sue, Chateaubriand, algo de Hugo, traducidos, y sus secuaces españoles. Recuerdo haber vivido entonces en un mundo prodigioso.
> (1977: 11-12)

El sarampión romántico se extiende al deseo del "desleimiento" en la Naturaleza, experiencia que el joven Azaña intentó conseguir en plenitud y prolongar en el tiempo, pero que frecuentemente se mostró esquiva, pues el "raudal emotivo" no lograba vencer los derechos del "pensar", no lograba "abolir la reflexión" que iba cristalizando en el desarrollo hacia la madurez. Sorprende el dramatismo de este enfrentamiento entre sentimiento y razón, que no era de esperar en una personalidad supuestamente fría y desdeñosa:

> ¿Qué sortilegio me echaban el aire y la luz para suspender mis diálogos y elevar el alma a ese punto en que se borran la acepción de bien y de mal y los deseos? Virtud de la contemplación, que lleva al *aniquilamiento* si la caricia en los sentidos nos hechiza y el pábulo del pensar, derretido, se evapora, dejándonos en quietud transparente, sin contornos, deshecho el dualismo vital de hombre y mundo. En tal *desleimiento* de la persona consistía a mi entender la sumidad de la vida; era, por el contrario, un modo de perderla, de abolir la reflexión,

> de no parar los ojos en la historia de hombre que empezaba a grabarse con dolor en la conciencia. Narcótico era, manantial de placeres puros, esto es, sin mezcla. Por gozarlos busqué cada vez más el tacto con la Naturaleza. Pedíale la exaltación sensual que me arrebatase al pasmo ya gustado. No la encontré siempre sumisa a mis antojos. Se entregaba cuando menos podía yo esperarlo. A veces, las más, era inútil mi solicitud. En vano daba yo suelta al raudal emotivo que artificialmente acertaba a suscitar: no se producía aquella unión misteriosa. Era tanto como acariciar a una estatua.
> (Ibid.: 35-36)

Naturalmente, después de este combate entre el sentimiento y la razón, entre el acorde romántico con la naturaleza y su rechazo intelectual, triunfa el hombre de razón. Pero la ensoñación del acorde vuelve a aflorar una y otra vez a la conciencia, interrumpiendo la actividad política, el hábito o la conveniencia social. Es, de nuevo, la irrupción del soliloquio en medio del rumor de la vida social, la aparición del *hombre interior* que se venga de su proyección en la vida pública. Y, de nuevo también, la aparición del paisaje, contrapunto obligatorio del monólogo. El texto más hermoso que conocemos es el que recoge la experiencia de una mañana de luz radiante en Valencia, en octubre de 1937, en un paréntesis de paz que permite temporalmente olvidar los horrores de la guerra. El Presidente de la República, víctima de la "embriaguez" que suscita el paisaje, escribe:

> Hoy al mediodía he salido al jardín, con propósito de leer a la sombra de un árbol. Imposible. La *embriaguez* de la mañana me ha quitado la atención, y luego el deseo. Decimos que es otoño, porque no hace calor. Pero un sol deslumbrante, y como un trabajo profundo, invisible, de germinación y crecimiento. Densidad de primavera. Aromas fuertes, de resina y flores. Un vientecillo ágil. Revolotean, sobre las dalias encarnadas, dos mariposas. Un labrador ara los bancales y canta a grito pelado. La tierra está blanda, migosa, suave. Después, silencio, calma luminosa. *Acordes* de silencio y luz. No sé qué sentido capta una vibración, ni luminosa ni sonora. Imposible adaptarse a un ritmo. Se escapa, se va. Me deja atrás, se va uno de fondo, como piedra… El perro ha venido a hacerme compañía. Se acerca a la estanquilla, derriba un tiesto, bebe, con fuertes chasquidos de lengua, brinca sobre un arriate, troncha unos tallos, y se me queda plantado delante, mirándome de hito en hito. A los lados de la cabezota, los muñones de las orejas cortadas le ponen dos acentos puntiagudos. "¿Qué tienes, Tom? ¡Estás flaco! ¿Te echan poco de comer?" Es un mastín cachorro, manso y sociable. Poco inteligente, no entiende lo que le digo, pero le gusta que le hable. No sería el primer caso. Entiende bien que soy su amigo. Se echa en el suelo tan largo como es, apoya la cabeza en las manos, su mirada me envía dos hilitos brillantes por entre los párpados entornados. Es feliz, porque nadie le hace daño, y su índole perruna no se sustrae como yo a la *fascinación del natural*. ¡Qué día insolente, provocador del hombre! La vida no es como aparenta en este rincón. Ni siquiera para los perros. Pienso que lo sabrían los cartujos retraídos aquí en otro tiempo, y que por saberlo se retraían. ¡Qué atroz in-

> diferencia por el sufrimiento humano, esta calma falaz, sin moraleja posible! La matanza continúa.
> (1981, II: 327)

La emoción del paisaje es romántica también porque está desprovista de sensualidad: la línea, el color, la pincelada impresionista remiten siempre a su resonancia interior, a la filosofía que se esconde detrás del apunte natural. Cuando Azaña analiza la obra de George Brown *La Biblia en España*, subraya precisamente el matiz moral y psicológico de su manera de ver el paisaje:

> … efectos de sol, paisajes, misterio de la noche en un bosque, le impresionan noblemente y los expresa con elevación y vigor. Aun en tales momentos se percibe en el texto de Borrow una resonancia más profunda y menos tranquila que el puro goce sensual de la naturaleza. Se presiente al moralista, al psicólogo, al misionero. No falta nada para que del paisaje se remonte a considerar el destino del hombre, o su felicidad, o la omnipotencia del Hacedor…
> (1976: 125)

PAISAJE Y FILOSOFÍA: LO SUBLIME Y LA INTEMPORALIDAD

El concepto de lo *sublime* es un pensamiento que, aunque con antecedentes en la retórica clásica, especialmente en el Pseudo-Longino, fue elaborado filosóficamente por Kant, comentado y ampliado con entusiasmo por Schiller y Goethe, difundido más tarde por los escritores románticos y, finalmente, expuesto filosóficamente por Schopenhauer. Lo *sublime* es un sentimiento estético que trasciende el sentimiento de lo *bello*. Las características de lo *bello* ("das Schöne"), según Kant, son tres: 1) ausencia de interés o utilidad; 2) carencia de concepto explicativo; 3) pretensión de validez universal. *Bello*, de acuerdo con esta perspectiva, es, por ejemplo, el sentimiento que puede producir la contemplación de una flor. Pero lo *sublime* ("das Erhabene"), además de tener estas cualidades, es una tensión hacia lo infinito e ilimitado, es un sentimiento que anonada, que invade con violencia la imaginación. Lo sublime es el sentimiento que se puede producir al contemplar una tormenta sobre el mar: es terrible sin que produzca verdadero terror físico, es imperioso y conminante, se acerca al terreno de los sentimeintos morales, aunque sin influirlos. Objetivamente hablando, entre lo bello y lo sublime hay, esencialmente, la diferencia que hay entre lo que puede ser representado de manera *limitada* y lo que puede ser representado de manera *ilimitada.* Pero, subjetivamente, hay, además, una diferencia en la manera de sentirlos, que resumimos con Menéndez Pelayo: "El placer de lo bello suele llevar consigo una excitación suave y directa de las fuerzas vitales, una manera de expansión. Lo sublime, al revés, empieza con

una suspensión momentánea de estas fuerzas, a la cual sigue una efusión mucho más intensa que la de lo bello, por lo mismo que se trata, no de un juego, sino de una cosa seria. El objeto bello atrae siempre, el objeto sublime, a veces repele. Lo sublime, más bien que un placer positivo, engendra admiración y respeto, es decir, un placer negativo" (Sánchez de Muniain, 1956: 173).

Evidentemente, la *emoción desgarradora del paisaje* a que ya hemos aludido es un sentimiento que se impone con fuerza, con violencia casi, a la manera de lo sublime: es una "efusión mucho más intensa que la de lo bello", y también "engendra admiración y respeto", como dice Menéndez Pelayo. Hemos visto en algunos textos que el paisaje se le impone a Azaña con una fuerza que produce "embriaguez", "desleimiento" e incluso también "aniquilamiento". El paisaje no es simple objeto de contemplación placentera, es algo que produce una sensación de *patetismo*. Sirva de ejemplo la descripción de Riofrío en anotación de sus *Memorias íntimas* de 6 de julio de 1931:

> Regresamos por Riofrío, que estaba muy hermoso de luz verpertina, en su abandono. Encinas y corzos, como en un tapiz. Un anochecer prodigioso, sobre Castilla la Vieja, y al doblar el Alto del León, los cerros sobre Villalba, cadavéricos y oro viejo, finísimos de temple, apagándose, son de un *patetismo desgarrador*. La tragedia perenne.
> (1981: 21)

Frecuentemente, la intensidad de la emoción contrasta con la escasez de elementos a describir. En el paisaje desnudo del Escorial todo resulta tan esencial que incluso el silencio se presenta mayestático, solemne. La emoción está a solas consigo misma, sin nada que la estorbe, es conciencia de sí. La siguiente anotación se realiza solamente unos días más tarde:

> Aplastamiento del paisaje inundado de sol. Silencio, qué silencio. La majestad de las cumbres en reposo. Un cielo azulino entre las ramas de un roble. Y nada más. Ni de ayer ni de mañana. Siempre, y nunca. Oigo cada quince minutos el reloj del monasterio que me contó muchas horas. El metal me suena muy bien: por esta sensación podría sacar un mundo de ellas.
> (Ibid.: 60)

De nuevo El Escorial –enero de 1932–, y de nuevo también la intensidad de la emoción, que el compañero de Azaña considera "demasiado fuerte", es decir, de nuevo una palabra que traiciona el *patetismo*:

> He pasado la mañana en casa. Después de comer voy al Escorial con Luis Bello y Bilbao. Paseamos por la Herrería. Tarde soleada y en calma. Aire serrano y frío. Al regreso, anochecido, nos detenemos un momento en la barbacana de los

> Alamillos, sobre La Huerta. Poniente rosa, denso, sin transparencias; bóveda azul. El monasterio, en desnudez tremenda, avanza sobre el jardín, colosalmente.
>
> Contemplación. "Esto es demasiado fuerte", dice Bello.
>
> (Ibid.: 397)

Y una vez más El Escorial, esta vez en una anotación de mayo de 1933 en que la sublimidad del paisaje se presenta arropada en el lenguaje propio de los escritores místicos:

> Después de cenar he ido de paseo al Escorial. Me he estado un rato andando por la Herrería. Noche admirable, oscura, ardiente, de cielo estrellado. Aromática y movida por el estremecimeinto de las arboledas. Concierto de pájaros y sapos. Ansiedad. Noches como ésta me las bebía yo desde la ventana de mi celda, cuando era estudiante; noches encendidas por el deseo, magnificadas por la emoción de la vida eterna.
>
> (Ibid.: 668-669)

* * *

En noviembre de 1937, el Azaña Presidente de la República se dirige a Juan Negrín, Presidente del Gobierno, con una propuesta sorprendente: "Cuando gane usted la guera, Negrín, me permitirán ustedes que deje de ser Presidente de la República, a cambio de que me nombre usted para el cargo que más me gusta" "¿Cual?" "Guarda mayor y conservador perpetuo del Pardo, con mero y mixto imperio dentro del monte, para hacer de él lo que en cualquier país de gusto estaría hecho desde hace mucho tiempo. Sin retribución alguna, ni otra recompensa que el derecho de vivir en cualquiera de estas casas, no en el Palacio, ciertamente" (1981, II: 365). Después de lo que hemos leído, la anécdota no parece del todo sorprendente. La vocación de Azaña por el paisaje y la naturaleza la comparte nada menos que con Carlos III, monarca por el que nuestro autor sentía especial simpatía:

> "Cuando yo me muera, decía el rey [Carlos III], ¿quién cuidará de ti, pobre arbolito?". Tirando de este hilo se descubre una sensibilidad muy simpática. En mis andanzas de cazador por la Alcarria, conocí hace muchos años a un rústico, guarda de monte, apasionado también por un árbol. "Venga usted a ver mi nogal, señorito Manolo" (entonces me llamaban así), me dijo un día. Nogal estupendo. A su sombra me he guarecido de algunas sofoquinas de agosto. El tío Eugenio, viejo, desdentado, con más arrugas que las nueces de su nogal, era dueño del árbol, pero no del suelo en que crecía, solitario en muchos cientos de metros a la redonda, como un poema nutrido por los jugos de aquella tierra ardiente, color sangre de toro. Único bien del tío Eugenio, le sacaba un puñado de reales cada año. Nunca

consintió en venderlo, aunque le ofreciesen *una almorzada de onzas*. ¡Un tipo a lo Carlos III, ea!
(Ibid., II: 367)

OBRAS CITADAS

Aguado, Emiliano, 1972: *Don Manuel Azaña Díez*, Barcelona, Ediciones Nauta.

Alvar, Manuel, 1966: "Unamuno y el paisaje de España", Obra Cultural de la Caja de Ahorros Provincial, Málaga.

Arias, Luis, 1990: *Azaña o el sueño de la razón*, Madrid, Editorial Nerea.

Azaña, Manuel, 1976: *Plumas y palabras*, Barcelona, Crítica.

_____, 1977: *El jardín de los frailes*, Bilbao, Ediciones Albia.

_____, 1981: *Memorias políticas y de guerra,* Barcelona, Grijalbo.

_____, 1983: *Antología. (2): Discursos,* selección, prólogo y notas de Federico Giménez Losantos*,* Madrid, Alianza Editorial, 1983.

_____, 1990: *Diarios íntimos y cuadernillos de apuntes, Obras Completas, III,* Madrid, Ediciones Giner.

Azorín, 1982: *Visión de España*, Madrid, Espasa-Calpe.

_____,1991: *Castilla*, Edición de Inman-Fox, Madrid, Espasa-Calpe.

Domenchina, Juan José, 1990-1991: "La invención del 'Quijote' y otros ensayos", en VV.AA., 1990-1991, pags. 211-215.

Ferrer Sola, Jesús, 1990-1991: "El otro casticismo español", en VV.AA., 1990-1991, pags. 227-233.

_____,1990-1991: "Arte y pensamiento en la oratoria de Manuel Azaña", en VV.AA., 1990-1991, pags. 235-243.

Hermosilla Álvarez, María Ángeles, 1991: *La prosa de Manuel Azaña,* Córdoba, Universidad de Córdoba.

Juliá Díaz, Santos, 2008: *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, Madrid, Taurus.

Litvak, Lily, 1975: *A dream of Arcadia. Anti-insustrialism in spanish literature, 1895-1905,* University of Texas Press, Austin and London.

Mainer, José Carlos, 1990-1991: "Manuel Azaña o el uso confesional de la escritura", en VV.AA., 1990-1991, pags. 191-201

Marichal, Juan, 1990: "La vocación de Manuel Azaña", en *Obras Completas, [I],* Madrid, Ediciones Giner.

Sánchez de Muniain, José María, 1956, (ed.): *Antología general de Menéndez Pelayo,* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

Sanz Agüero, Marcos, 1975: *Manuel Azaña,* Madrid, Círculo de Amigos de la Historia.

VV. AA., 1990-1991: *Azaña,* Madrid, Ministerio de Cultura.